

Palabras, monedas y seres vivos. Adam Smith y la historia conjetural del origen de la lengua

Luis Miguel Bascones y Mario Domínguez

0. Introducción

La conciencia de Adam Smith acerca del lenguaje, su constante reflexión al respecto, es poco conocida. Si la enorme proyección de *La Teoría de los Sentimientos Morales* dibujaba, en los comienzos del liberalismo, al filósofo moral; con todo, el autor de *La Riqueza de las Naciones* quedó con frecuencia etiquetado como «economista», fundador de la economía moderna y asociado con la famosa imagen de la «mano invisible» sin más. La pasión por el conocimiento, el compromiso con las preguntas cruciales de su época, lo llevaron a cultivar los distintos ámbitos del saber, de la asimilación admirada ante la física newtoniana a entablar un diálogo amplio e intenso con pensadores tanto en su entorno cercano —de su maestro Hutcheson a su amigo Hume— como entre los ilustrados continentales, de los enciclopedistas a Rousseau. La enseñanza de retórica y su dedicación al estudio de las lenguas probablemente ocuparon sus momentos más gratos.

El texto que presentamos es breve y, aunque hasta la fecha desatendido, esclarece formas características del pensamiento de Smith, así como el tránsito y controversia en torno a las reglas del conocimiento científico en la modernidad.

1. El ensayo acerca de las primeras lenguas en la obra de Smith

El Ensayo o *Consideraciones acerca de la Primera Formación de los Lenguajes* (en adelante *Considerations*) se inscribe entre los trabajos iniciales de Smith. La educación primera del autor transcurre en la escuela de gramática en Kirkaldy, su ciudad natal. El joven Smith fue enviado a la universidad de Glasgow donde permaneció tres años (1737-1740). Se desplazó después al College Balliol de Oxford, como estudiante «becario» de la fundación Snell¹, conforme al propósito de ingresar en el clero anglicano, decisión finalmente evitada. Tras siete años en Oxford y dos de su regreso a Kirkaldy, se deci-

dió a impartir una clase para explicar retórica en Edimburgo, bajo el patronazgo de Lord Kames. La necesidad de homologar la lengua en Escocia coincidió con la experiencia y ventajosa preparación de Smith. En efecto, a mitad del siglo XVIII, la dispersión de variantes dialectales en Escocia suponía una seria dificultad a la comunicación hablada y escrita. El primer número de *The Edinburgh Review* (1755) daba cuenta de esta urgencia, al señalar como uno de los obstáculos al progreso de la ciencia en Escocia «la dificultad de una expresión propia en un país donde no existe un estándar de lenguaje, o al menos, es muy remoto»². En esta incipiente Ilustración escocesa se multiplican las Sociedades con aspiraciones de progreso y mejora, que incluyen la gramática y atención a la lengua como una de sus atenciones prioritarias. Dos influencias se atribuyen a Smith en su aptitud privilegiada para enseñar retórica en el Edimburgo de 1748: el discurso de su profesor Francis Hutcheson, a quien conoció en su primera estancia en Glasgow y su período en Oxford³. Cuando en la universidad prevalecía el latín como lengua académica, Hutcheson comenzó a impartir clases en inglés. Imbuido en esta controversia lingüística, sus años en Oxford fueron aprovechados para el riguroso aprendizaje de la gramática inglesa así como de las lenguas clásicas y modernas, incluyendo traducciones del francés. Su conciencia acerca del lenguaje en cuanto práctica social vendría marcada sin duda por ambas influencias, partiendo de su entorno cercano.

Las lecciones de retórica originales de Smith tuvieron lugar presumiblemente en una de las Sociedades ilustradas en Edimburgo. En 1751 se trasladó a Glasgow para comenzar su docencia como profesor de Lógica y Retórica. Al año siguiente debió ocupar la cátedra de Filosofía Moral ante la defunción de Thomas Craigie, anterior profesor en el cargo. Resulta esclarecedor considerar los hábitos lectivos en aquella universidad, característicos a lo largo del siglo XVIII. La clase habitual o «pública» comenzaba a las siete y media de la mañana, con lecciones de ética, política, jurisprudencia y teología natural, para el estudio de la Filosofía Moral. A las once se procedía a una suerte de «examen» a lo largo de una hora para asegurar la comprensión de la clase. A partir del mediodía daba comienzo una clase «privada»,

también denominada «college», donde se reunían estudiantes que ya habían tomado los cursos «públicos», a los cuales ahora podían acudir por segundo o tercer año sin necesidad de examen. Los profesores solían plantear en estos seminarios, que ocupaban dos o tres días a la semana, aquellos temas de especial interés para ellos. Hutcheson dedicaba estos espacios al estudio de filósofos latinos y griegos. Adam Smith orientó estas clases «privadas» hacia la retórica y las «bellas letras» (literatura), aquellas materias que ocuparon su primera actividad –si bien la retórica se vinculaba al ámbito disciplinar de la Lógica– (Bryce, 1983: 9).

Smith mantuvo la docencia de retórica a lo largo de su vida. El manuscrito de estas Lecciones se destruyó con el resto de sus trabajos una semana antes de su muerte, según su propia voluntad y las instrucciones que dio primero a Hume en 1773 y confirmó en su hora. Esta determinación se refería ante todo a la parte de sus trabajos inéditos que no consideró apropiados para su publicación (Griswold, 1998: 29, 42)⁴. Estos documentos, muchos de los cuales alcanzaron amplia circulación, incluyen tanto manuscritos propios como apuntes de sus lecciones que inevitablemente sufrieron los avatares y posibles malinterpretaciones ligadas a las notas redactadas por los estudiantes. Hay que decir que Smith fue un escritor consciente y sumamente cuidadoso de las ediciones publicadas de su obra⁵.

Las *Lecciones de Retórica y Bellas Letras* halladas alcanzan la cantidad de 29. Falta entre ellas una introducción. Dugald Stewart, en el relato clásico y más cercano respecto a la vida y obra de Smith, comenta su concepción de la retórica en sus prácticas docentes desde su incorporación como profesor de Lógica a la universidad de Glasgow. La lectura de este memorial tuvo lugar en la Royal Society of Edinburgh, en enero y marzo de 1793.

«En su enseñanza como profesor de Lógica, a la cual se dedicó en su primera incorporación a esta Universidad, vio pronto la necesidad de tomar distancia respecto al plan seguido por sus predecesores, y dirigir la atención de sus alumnos hacia estudios de mayor interés y utilidad que la lógica y metafísica de las academias. En consecuencia, tras mostrar una perspectiva general de los poderes de la mente y explicar parte de la lógica antigua como requisito para gradificar

la curiosidad respecto a los métodos artificiales de razonamiento, que ocuparon en un tiempo la atención universal del aprendizaje, dedicaba todo el tiempo restante a deliberar en torno al sistema de la retórica y las bellas letras. El mejor método para explicar e ilustrar los poderes diversos de la mente humana, la parte más útil de la metafísica, emerge al examinar las distintas formas de comunicar nuestros pensamientos a través del discurso, y de la atención a los principios de aquellas composiciones literarias que contribuyen sea a la persuasión sea al entretenimiento» (Stewart, 1793: I).

En su tratamiento de la retórica –como parte de la Lógica– la reflexión acerca del lenguaje se equipara a la misma reflexión respecto al pensamiento y las formas del conocer. La deliberación retórica apunta ante todo al cultivo de un aprender a pensar y persuadir entre sus estudiantes. Como veremos, los pasos en la complejización de la lengua y la capacidad de abstracción y conocimiento forman el hilo conductor y parte de un mismo proceso en las *Considerations*.

Cabe observar otros elementos reveladores del interés en Smith por el lenguaje. Para acceder a la plaza de Lógica y Retórica en la Universidad de Glasgow, Smith presentó, según exigían los estatutos, una disertación magistral titulada *De origine idearum*. En ausencia del documento no se conoce en qué sentido empleó la expresión *idea*, crucial por su entronque con tradiciones anteriores que pueden remontarse a los planteamientos de Aristóteles; con todo, la noción de *idea* o *concepto* participa en sus demás trabajos y, en concreto, podemos explorarla en este ensayo de carácter lingüístico.

Desde su juventud Smith mostró el mayor interés acerca de la evolución, tipología y clasificación del lenguaje, así como de los procesos mediante los cuales las palabras, separadas de su contexto «natural», adquieren significados técnico-filosóficos o metafísicos. Las primeras publicaciones de Smith son ensayos en esta línea. En el primer número de la *Edinburgh Review*, de la que fue cofundador en 1755, introdujo un artículo crítico respecto al nuevo *Diccionario* por materias que en aquella época elaboraba Johnson. Discute las mismas bases gramaticales del proyecto, ofrece alternativas y revisa de forma sistemática significa-

dos atribuidos a las palabras *pero* y *humor* (Griswold, 1998: 43). También merece ser señalada una carta dirigida a los editores de la revista acerca de la literatura y el aprendizaje de ésta en varios países de Europa, mostrando una atención a la filosofía ya la literatura en el Continente, inusual en aquel momento y entorno académico (Dugald, 1793). En su debate y correspondencia posterior, Smith se mantiene al tanto de las aportaciones en el ámbito de la gramática, siguiendo con especial atención, en consonancia con el entorno ilustrado escocés, a los desarrollos de la *Enciclopedia* coordinada por D'Alembert. Sin duda la consideración de estas fuentes incidió, decantada por su formación, método y vigor creativo, en la concepción de las *Considerations*.

2. Estructura y relación lenguaje-mente en las *Considerations*

Las *Considerations* ofrecen múltiples facetas a su interpretación actual. De una parte, se inscriben de pleno en el tipo de preocupación ilustrada acerca de las lenguas, atenta, desde la idea de progreso, a la búsqueda de sus orígenes y evolución. Por otra parte, este breve y sistemático ensayo de Smith comporta un proceder en la investigación, así como principios conceptuales presentes en el conjunto de su obra, en particular la «historia teórica o conjetural»⁶. En este sentido, el ensayo de Smith, en su rigor procedimental contiene, más allá de su acierto o error en la materia, una proyección normativa acerca del quehacer científico-ilustrado que destaca su valor. En este epígrafe presentamos los ejes explicativos del ensayo, sus posiciones y pasos argumentales para tratar luego las facetas indicadas.

La primera publicación del texto apareció en *The Philological Miscellany* (1761), una revista dedicada en buena medida a traducir y compilar artículos franceses, algunos provenientes de la *Enciclopedia*. No se editaron números posteriores de esta revista, cuyo vínculo con Smith aún se desconoce. La publicación de las *Considerations* durante la vida de

Smith apareció siempre como un ensayo apéndice a *La Teoría de los Sentimientos Morales*, en las sucesivas ediciones a partir de 1766 –esto es, a partir de su tercera edición–.

A lo largo del ensayo, Smith sostiene la tesis del desarrollo conjunto entre lenguaje y pensamiento. Su exposición se basa en su mayor parte en un razonamiento histórico-hipotético, donde los hombres van desplegando su capacidad más plena: comparan, clasifican, abstraen en su relación con el mundo externo y ante la necesidad de comunicar con los demás. Esta argumentación histórica se encuadra en su mayor parte bajo el método que Dugald Stewart (1980) denominó «*historia teórica o conjetural*». Ésta se basa en la atribución hipotética de circunstancias y comportamientos entre los hombres en momentos originarios o en todo caso en un pasado del que no se cuenta con información empírica, de forma que se proyectan postulados a partir de la *naturaleza humana*, tal como la concibe el autor. Esta conjetura histórica se intercala en el ensayo con observaciones a partir de hechos conocidos y trazos históricos documentados (como por ejemplo la convivencia entre pueblos con distinta lengua: lombardos y latinos). Hay que señalar cómo Smith atribuye en todo momento a las tesis desprendidas de su consideración lógica el estatuto de la probabilidad o la plausibilidad, no de la certeza.

La estructura expositiva ofrece una sistemática sucesión de párrafos (45 en total). Parte de los elementos más simples y concretos en la lengua para analizar/conjeturar paso a paso los procesos de abstracción y orígenes de las reglas gramáticas. Así, los primeros párrafos tratan acerca de los nombres y sus cualificaciones (adjetivos, preposiciones) así como de los verbos, comenzando por sus formas impersonales. La cronología entre unos y otros términos (aunque Smith crea que los verbos impersonales puedan ser la parte más antigua de las lenguas) parece no importar tanto como el exponer el proceso y grados de la abstracción que cada operación lingüística implica. Por otra parte, cada «salto» implica un notable esfuerzo «metafísico» o conceptual, que las lenguas han evitado, de forma transitoria o estable, mediante recursos alternativos para comunicar significados: la variación en las terminaciones del sustantivo (que evita hasta un cierto punto la invención y uso de los adjeti-

vos), en primer lugar; declinaciones (los casos dativo y genitivo en latín, que evitan inventar las preposiciones) y conjugaciones, en las lenguas antiguas-clásicas.

Conforme a la temática, cabría diferenciar en el ensayo tres secciones: una primera, la más extensa, en la cual predomina el uso de la historia conjetural, presenta los distintos elementos del lenguaje (nombres, adjetivos, preposiciones; verbos y conjugaciones), observando su correspondiente función significativa y grado de dificultad «metafísica» y abstracción que suponen (§ 1-30). Una vez expuestos los elementos, la reflexión gira hacia la transformación de las lenguas en su conjunto, la cual alcanza altos grados de complejidad y simplificación conceptual correlativa a la reducción de sus múltiples términos concretos-individuales, como por ejemplo, en la sustitución de múltiples caracteres escritos por la combinación de las pocas letras que forman el alfabeto. En esta segunda consideración, la historia conjetural deja paso al estudio comparado de las lenguas y a la historia actual (§ 30-41). Una tercera parte, más breve, observa las pérdidas y limitaciones que esta sustitución conlleva en las lenguas modernas, en cuanto a precisión y equilibrio armónico-estético, respecto a las antiguas-clásicas (§ 42-45). Un desglose de estos pasos, como acercamiento básico al razonamiento de Smith, dará pie al tratamiento de sus posiciones específicas.

2.1. LA CONJETURA HISTÓRICA EN LOS ORÍGENES DEL LENGUAJE

Smith parte del estadio más simple imaginado en el lenguaje y la relación social. Como en un experimento hipotético, supone dos salvajes criados al margen de toda civilización. La necesidad de «procurar volver inteligibles sus mutuos deseos entre sí» les llevaría a pronunciar ciertos sonidos para denotar objetos determinados. He aquí el momento seminal en la formación de la lengua: «La asignación de nombres particulares para denotar objetos particulares, esto es, la institución de nombres sustantivos, podría ser probablemente uno de los primeros pasos hacia la formación del lenguaje» (§ 1).

El paso del nombre particular al sustantivo genérico implica la *comparación* entre objetos

semejantes: «Después, cuando la mayor experiencia de estos salvajes les hubiera llevado a observar, en su caso necesario se verían obligados a mencionar otras cuevas, otros árboles y otras fuentes, asignarían naturalmente a cada uno de estos nuevos objetos el mismo nombre mediante el cual acostumbraban a expresar el objeto similar la primera vez que se familiarizaron con él». Smith ilustra el argumento desde la exposición de otros casos reales: la designación de la tierra poblada y rica de América (México) por los españoles como «Nueva España», a semejanza de la España conocida, por ejemplo. El recurso empleado en estas comparaciones aparece en la figura gramatical de la «antonomasia»: «Decimos de la misma manera, de un héroe, que es un Alejandro; de un orador, que es un Cicerón; de un filósofo, que es un Newton»⁷. Esta forma de hablar evoca la disposición natural al pensamiento comparativo.

Contando con la designación genérica, se vuelve necesaria la *distinción* entre objetos con *cualidades* peculiares y *relaciones* entre sí. Este paso supone la génesis de los *adjetivos* («Las palabras *árbol verde*, por ejemplo, pueden servir para distinguir un árbol particular de otros marchitos o quemados», § 4) y, por otra parte, el conjunto de las *preposiciones* («Cuando decimos, *el árbol verde del prado*, por ejemplo, distinguimos un árbol particular, no sólo por la cualidad que le pertenece, sino por la relación que sostiene con otro objeto», § 5).

Momento en el cual el autor apunta una primera consideración acerca de la formación de los *conceptos*. «Un adjetivo es por naturaleza una palabra general, y en alguna medida abstracta, y necesariamente presupone la idea de cierto número de especies o variedades de cosas, a todas las cuales es aplicable por igual» (§ 7). El aislar cualidades, como el adjetivo *verde*, respecto a los objetos-nombres sustantivos implica un «paso metafísico». En mayor medida ocurre con las *relaciones* correlativas entre objetos expresadas por la *preposición*: «Si a la invención original de los adjetivos se asistió con mucha dificultad, la de las preposiciones fue acompañada por una dificultad todavía mayor» (§ 12). Las preposiciones significan un vínculo entre dos nombres, conforme a una *relación* determinada: por ejemplo, en la frase «*el árbol sobre la cueva*». El *sobre* debió indicar la relación de *superioridad* de un

objeto sobre otro; por otra parte, supondría la operación mental de *distinguir* esta relación entre otras, «tales como la relación de *inferioridad* denotada por la palabra *bajo*, de la relación de *yuxtaposición*, expresada por la palabra *junto*...». En suma, «Antes que nada, una relación es, por sí misma, un objeto más metafísico que una cualidad. Todo el mundo puede explicar qué significa una cualidad; pero poca gente se encontrará capaz para expresar con claridad qué se entiende por una relación. Las cualidades son casi siempre objeto de nuestros sentidos externos; las relaciones nunca lo son. [...] Una preposición denota una relación y nada más que una relación» (§ 12). Al respecto hay que señalar cómo para Smith no se conciben antes las *cualidades* o *relaciones* y después se les inventa el nombre para expresarlas. En todo momento lenguaje y pensamiento se generan de forma conjunta, su conexión es pues intrínseca.

El camino hacia la abstracción o conceptualización implica un esfuerzo mental considerable, cuajado de obstáculos. Las lenguas han recurrido a procedimientos para soslayar este salto «metafísico» que implican los adjetivos y las preposiciones. Así, por ejemplo, al variar la terminación de los sustantivos, fenómeno común en distintas lenguas, se denota una cualidad, su género: masculino, femenino o neutro. Por otra parte, los casos de las declinaciones en los nombres, características en las lenguas clásicas (ejemplifica con el latín) denotan relaciones entre sustantivos supliendo el uso de preposiciones. Con todo, la variación en los nombres puede prevenir por un tiempo la *necesidad* de inventar adjetivos, los cuales, en la complejización del pensamiento devienen indispensables. Los adjetivos se formarían conforme al sonido y la terminación de los sustantivos, «por el gusto de cierta similitud en el sonido o ciertas clase de ritmo, que es por naturaleza muy agradable al oído humano». En cuanto a las preposiciones, el esfuerzo de abstracción debió seguir un curso aún más arduo⁸. Finalmente las preposiciones habrían sustituido a los casos derivativos de las lenguas antiguas (§ 8-20).

Tras una consideración acerca de la formación de los números, semejante en su razonamiento a la correspondiente para los adjetivos y preposiciones (§ 21-25), Smith vuelve al comienzo de los elementos más simples, para

tratar de los verbos. Toda afirmación implica el uso de verbos. La palabra que denota un acontecimiento completo suscita la primera y más simple expresión: el verbo impersonal: *llueve, nieva, truena, luce* (es de día). De la simplicidad y unicidad del verbo impersonal se transitaría hacia formas más complejas. Por ejemplo, aquellas frases como «*Alejandro camina, Pedro se sienta*», dividen el acontecimiento en dos partes, la persona o sujeto y el atributo o asunto del hecho, afirmado de tal sujeto». «Los primeros verbos, por tanto, quizá incluso las primeras palabras, que fueron usadas en los comienzos del lenguaje, podrían ser con toda posibilidad tales verbos impersonales» (§ 28). La partición en los acontecimientos, su cualificación expresada en las distintas partes del discurso conduce a la formación de los verbos personales, los pronombres y las conjugaciones verbales, mediante procesos de abstracción equivalentes a los ya expuestos para los nombres.

2.2. LA COMPLEJIZACIÓN CONCEPTUAL DE LA LENGUA COMO SISTEMA: EL SALTO «METAFÍSICO»

La designación de los entes y sus matices daría lugar, en una primera instancia, a la proliferación de los elementos lingüísticos individuales. Considerando una misma ruta de progreso entre el arte de hablar como en el de escribir, Smith afirma: «Cuando la humanidad comenzó a intentar expresar sus ideas mediante la escritura, cada carácter representó una palabra completa. Pero el número de palabras se volvió casi infinito, la memoria se encontró demasiado cargada y oprimida por la multitud de caracteres que debía retener. Por tanto, vino la necesidad de dividir las palabras en sus elementos, y a inventar caracteres que pudieran representar no las palabras en sí mismas, sino los elementos de los cuales se componían. A consecuencia de esta invención, cada palabra particular vino a ser representada no ya por un único carácter sino por una multitud de caracteres; y la expresión escrita se fue volviendo más intrincada y compleja que antes. Pero aunque palabras particulares se expresaron así por un número mayor de caracteres, el conjunto del lenguaje se expresó por un número

mucho menor, y en torno a cuatro o veinte letras fueron capaces de suplir el lugar de la inmensa multitud de caracteres que fueron el requisito anterior» (§ 30). Esta ruptura, ejemplificada aquí en la invención de un alfabeto, vale para las demás dimensiones del lenguaje. Estos dos momentos corresponden a dos configuraciones de la lengua: la combinatoria de elementos, declinaciones de los sustantivos y conjugación verbal (primera etapa) y composición global-abstracta (etapa moderna). En síntesis:

1. La *proliferación de elementos significantes particulares* en los primeros desarrollos de la lengua para designar una realidad cada vez más matizada a la percepción. Estos elementos denotan objetos y aspectos concretos de los acontecimientos; su grado de abstracción es bajo, por lo cual tienden a multiplicarse y combinarse para dar cuenta de la realidad.

2. Esta multiplicación de elementos concretos conduce las posibilidades comunicativas (por ejemplo, la capacidad retentiva de la memoria) hacia el colapso. En este punto tendería a ocurrir la mutación crucial de la lengua: la prolija colección de elementos particulares combinados dentro de una estructura simple se ve sustituida por un conjunto menor de términos en *una estructura ahora compleja y más abstracta en su articulación*. «La expresión de cada acontecimiento particular se convirtió de esta forma en más intrincada y compleja, pero el lenguaje en su conjunto se volvió más coherente, articulado, más fácil a la retención y la comprensión» (§ 30).

Por tanto, para Smith los avances en la abstracción implican sustituir operaciones más simples, pero en conjunto más intrincadas y difíciles de retener, por un juego de operaciones individuales más complejas pero que dan lugar a un sistema de la lengua más simple y mejor articulado. Concluye en la siguiente tesis: «En general podemos afirmar como máxima que un lenguaje más simple en su composición ha de ser más complejo en sus declinaciones y conjugaciones; y por el contrario, aquel más simple en sus declinaciones y conjugaciones, ha de ser más complejo en su composición» (§ 36). Los siguientes párrafos (§ 37-41) consisten en la contrastación de esta tesis a través del

estudio comparativo de lenguas clásicas (griego, latín), correspondientes al primer momento, y modernas (francés, italiano, inglés) evolucionadas hacia la gramática más abstracta de la composición.

«Probablemente el lenguaje habrá seguido este camino en todos los países» (§ 33). Con este razonamiento, Smith plantea de forma implícita las bases de una gramática universal. El estudio del lenguaje desde una conjetura cronológica, que sirve al efecto didáctico correspondiente a la explicación de sus procesos conceptuales o abstractos, proyecta así una dimensión normativa. El *patrón lineal* se convierte en rasero comparativo del grado y jerarquía evolutiva de las lenguas. Uno de los indicadores en este progreso «metafísico» de la lengua lo constituyen los verbos auxiliares, el copulativo *ser* y el posesivo *tener*. Por la multitud de operaciones que permiten constituir el grado más elevado de abstracción⁹. En esta escala evolutiva, la lengua inglesa alcanza la cúspide de la composición abstracta entre las lenguas modernas¹⁰.

Por otra parte, Smith trata casos históricos de lenguas en contacto, por conquista o migración, cuando pueblos con distinto idioma (como los lombardos germanos frente a los latinos) se ven incapaces de entenderse, «derrotados» ante la complejidad que ven en la lengua del otro. En los intentos de comprensión mutua intercambian elementos básicos de una y otra lengua, alterando su mismo sistema de inflexión. El habla resultante, reducido y mixto, está en la base de fenómenos lingüísticos como las distintas clases de *pidgin* y *creol* en diversos lugares del mundo.

La consideración del *salto* «metafísico» en las lenguas culmina con su comparación analógica con un motor mecánico. En él observa Smith dos fases progresivas: 1) su invención y; 2) su perfeccionamiento, en correspondencia metafórica con los dos momentos básicos en la evolución de una lengua. La metáfora de la máquina, tan común entre los ilustrados, opera el tránsito entre la explicación del progreso lingüístico y la crítica final de su precio¹¹.

Hasta aquí, Smith ha completado el despliegue del progreso conceptual en las lenguas y la radical transformación que supone el paso de sus inabarcables elementos simples a la composición abstracta de sus inflexiones.

2.3. LAS PÉRDIDAS DEL PROGRESO LINGÜÍSTICO

El perfeccionamiento de las máquinas coincide con su simplificación. Por el contrario, la simplificación de la lengua a través del salto «metafísico» desvirtúa parte de sus capacidades y propósitos comunicativos. Las lenguas conceptuales modernas requieren múltiples palabras para reemplazar expresiones simples en las lenguas clásicas, más sintéticas a este respecto¹². En este sentido, el progreso lingüístico resta concisión a las frases, criterio de precisión y belleza. Por otra parte, esta simplificación moderna, además de menguar la eufonía y calidad estética de la composición, vuelve más rígidas las posibilidades de ordenar el mundo, frente a la flexibilidad exenta de ambigüedad que hacen posible las declinaciones en las lenguas clásicas. De forma paradójica, parece concluir Smith, la abstracción que comportan las lenguas modernas nos confina en nuevas formas de profusión, pérdida de armonía y restricción expresiva respecto al orden de composición en las lenguas antiguas clásicas.

3. El proyecto de una gramática universal

La obra lingüística de Adam Smith, igual que la de cualquier otro autor, no se construye *ex novo*, sino que se encardina en una compleja línea que persigue diversos objetivos a lo largo de la historia. Quizá por ello, el punto de partida de nuestro estudio, advirtiendo que no se trata de componer una cronología sobre la preocupación por el lenguaje y su origen, sea la reflexión sobre el signo lingüístico y su adecuación desarrollada por la filosofía griega. El signo, en general, parece definirse como «aquello que remite a otra cosa, o natural o convencionalmente» (Platón), de ahí esa preocupación original por los problemas que revisten la relación entre el «nombre» y la realidad, o entre el «nombre» y el pensamiento o la estructura de estas relaciones. Cabe dividir la ordenación de este debate, recogido en el texto de Smith, en una serie de temas que aquí se plantean de forma lineal, abstrayendo la interacción obvia que existe entre ellos.

Veremos que, de hecho, admitiendo sólo la arbitrariedad de los sonidos y no de los mecanismos más «internos» que regulan la constitución del signo, Aristóteles había autorizado el proyecto de una gramática universal que reflejara en las leyes lingüísticas el orden del pensamiento y el orden de la realidad. Tal proyecto se perseguirá a través de toda la historia de la filosofía preocupada por la lengua hasta los filósofos de Port Royal (del siglo XVII), e incluso cabía incluir también ciertos aspectos de la gramática generativa actual. Más que una historia lineal se trata de una espiral continua de fases contradictorias que se van sucediendo a través de una recuperación e incorporación de los momentos anteriores. Ello ha generado, entre otras, una serie de ilusiones destacables asimismo en Adam Smith. El hecho de que la lengua sea un conjunto ordenado, revelador de un plan, incita a buscar en el sistema formal de la lengua el trasunto de una «lógica» que sería inherente al espíritu y así exterior y anterior a la lengua misma. El problema consiste en que así no se construyen más que tautologías, pero eso es otra historia.

En primer lugar, cabe plantear la genealogía en la que se ubica la posición de Smith en esa relación entre el signo lingüístico y su designado, o si se prefiere, en la oposición entre la remisión «convencional» o «natural» a la realidad. Remontándonos a la filosofía griega parece haber una fase inaugural en la cual el choque entre las dos posiciones emerge netamente: Heráclito, por ejemplo, defiende la tesis de la «naturalidad» del signo, sosteniendo que la tarea específica del lenguaje es la de adecuarse a lo real y nombrarlo, aunque esto no suponga una correspondencia exacta entre un sustantivo y una cosa, sino más bien una relación entre la globalidad del discurso y la estructura del ser en general. En este sentido el lenguaje, justamente por constituir tal *espejo de lo real*, viene a tener a verdadera y propia función cognoscitiva más que una función indicativa. Tal es la postura que adoptará la Ilustración y, entre otros, Adam Smith. Por el contrario, Parménides niega a la palabra todo valor de conocimiento por lo mismo que la juzga falsa, impuesta al ser humano por convención, con el fin de nombrar una realidad ya de por sí sólo aparente. El lenguaje se revela según esta perspectiva como un engaño de palabras, una aplicación de etiquetas a las cosas ilusorias: la autonomía del signo se transforma así en una culpa, su libertad en una pérdida de credibilidad.

Diversas son las salidas que proporcionan los sofistas a este debate, así como distinto es el marco en que ellos operan. Advierten el sentido del proceso político en el que viven y se dedican a entregar a quien lo requiera los instrumentos más aptos para sobresalir en esta sociedad política, basada más que ninguna otra en la palabra. En la práctica, el lenguaje se revela como un instrumento indispensable para la afirmación personal, y los sofistas, anticipando un nexo que une la teoría y la praxis, se transforman en maestros de *retórica*, esto es, el arte de persuadir mediante discursos. El postulado inicial mira a la relación palabra-cosa. «El medio por el que nos expresamos es la palabra y la palabra no es el objeto, aquello que realmente es; no es, por tanto, la realidad existente la que expresamos a nuestro vecino, sino sólo la palabra, que es otra cosa que el objeto» (Gorgias). De aquí que se declare la imposibilidad del lenguaje como medio para acceder al conocimiento de lo real: liberado de toda atadura, el lenguaje encuentra sólo en sí mismo la propia consistencia objetiva, las leyes de que se dota para su orden. Pero esto, que podría ser juzgado como un límite, se convierte en exactamente su contrario: el poder de la palabra se acrecienta por el descubrimiento de su autonomía ya que ésta puede garantizar la continua posibilidad de nuevos usos. Si de hecho las palabras no tienen más que un sólo referente, se podrán componer diferentes discursos, pero todos igualmente correctos sobre la misma cosa o argumento. La atención se desplaza entonces hacia el funcionamiento y la aplicación del lenguaje en una situación dada; y la retórica como ciencia de la persuasión se evidencia como un instrumento a disposición de quien no mira tanto a un contenido de verdad cuanto a la exposición coherente de las propias argumentaciones. En términos actuales, sería la polaridad extrema de la arbitrariedad del signo lingüístico.

Será con Platón y Aristóteles –los primeros entre otros en dedicar obras enteras a los problemas del lenguaje– cuando entre en juego un nuevo elemento: el *concepto*. Con ello la discusión puede sobrepasar los límites de una simple confrontación entre dos tipos de dependencia (natural o convencional) para acceder a una nueva composición de toda la problemática, y es sobre todo la estructura misma del signo lingüístico la que viene a reformularse¹³.

El nuevo campo de operaciones conocerá una gran prédica posterior, tanto que gran parte de la reflexión sucesiva podrá leerse como una tentativa de posicionamiento frente al «modelo» aristotélico y puede rastrearse perfectamente en obras como la de Adam Smith. En primer lugar, en su base se halla una idea del signo como relación que comprende tres elementos, los «símbolos» gráficos o fónicos, los «afectos del alma» y las «cosas». ¿Cuáles son las implicaciones que ello comporta? En primer lugar, una diversa posición atribuida a los dos órdenes de «símbolos» (hoy los denominamos «significantes») fónicos y gráficos: si los fónicos remiten a los «afectos del alma» (esto es, los conceptos), los gráficos remiten a los conceptos a través de los fónicos; los «símbolos» gráficos son antes que otra cosa significantes de significantes. De aquí el origen de un «privilegio» de la voz y una «desventaja» de la escritura que marcará al pensamiento lingüístico occidental (Derrida, 1972). En segundo lugar, una cierta asimetría de los constituyentes del signo: Aristóteles admite la existencia de significantes diversos de lengua a lengua, pero no la diversidad de los elementos a los cuales se refieren, los «afectos del alma» que constituyen a su vez una imagen especular de las cosas. Se instituye por consiguiente un doble movimiento, con dos diferentes grados de relación: por una parte, una arbitrariedad relativa entre significados y conceptos, por otra, un vínculo de semejanza entre los «afectos del alma» (conceptos) y las cosas ¹⁴.

Recordemos que la posición que atribuye Aristóteles al signo no implica ni ambigüedad ni polisemia: existe una relación unívoca, determinada (aunque arbitraria por lo que respecta a los sonidos) entre palabra y cosa; hablar significa nombrar cosas precisas en la constitución de un sentido que no puede ser diferente de sí mismo. Por consiguiente el paralelismo entre palabra, concepto y cosa se reafirma y con ello la función esencialmente cognoscitiva del lenguaje.

Sobre esta definición los estoicos van a introducir una cierta generalización, en tanto cualquier signo está constituido a su juicio por un reenvío: es «aquello que es indicativo de una cosa oscura», donde por oscura se entiende algo no directamente perceptible o manifiesto. No importa tanto subrayar cómo en esta insistencia sobre el mecanismo general del signo se inaugura una tradición que va a con-

ducir hasta las reflexiones de, por ejemplo, San Agustín, Bacon, Condillac, etc., sino aclarar algunos motivos que acompañan a esta definición. El principal es que el mecanismo referencial se complica y el plano discursivo se impone, con lo que se inaugura una línea de reflexión que pasará entre otros a través de Bacon (quien sostiene el carácter funcional del discurso en la perspectiva comunicacional) o por Hobbes (que identifica cuatro funciones discursivas: comunicativa, afectiva, estética y de registro de las causas y efecto), hasta el pensamiento más reciente de Jakobson, o la teoría de los *actos de habla* de Austin o Searle ¹⁵.

4. La transformación de la episteme: de la semejanza a la representación

La episteme renacentista (si por tal entendemos un término operativo por el que se nombra a la articulación relativamente estable de las reglas de formación del saber) y su vuelta al platonismo supondrá una ruptura de esta tendencia aristotélica, pero también por ello mismo, preparará la configuración general del saber moderno en el que se inscribe Smith. Pues bien, hasta el siglo XVI, el elemento constructivo del saber y la unidad mínima de la interpretación había sido la *semejanza*: el signo es una semejanza y su marca es una *signatura*, de modo que el saber se convierte en un descifrar. Junto a la *simpatía* (identidad de los accidentes en sustancias distintas), el elemento decisivo de esta similitud es la *signatura*, puesto que marca las semejanzas y permite que sean reconocidas. Pero este elemento de decisión no pertenece a un orden diferente: tanto lo que designa como lo designado son semejanzas, tienen una misma naturaleza ¹⁶. El saber del Renacimiento, nos dirá Foucault, nos ofrece un universo en el que todo era *legenda –cosas que leer–*.

La organización del lenguaje como sistema de signos, tal como el Renacimiento lo plantea enfrentándolo con su transformación correspondiente que tendrá lugar bajo la época moderna (siglos XVI-XVIII) podría esquematizarse del siguiente modo (Morey, 1983: 129):

Tabla I. La reorganización del lenguaje

	RENACIMIENTO	ÉPOCA MODERNA
Estatuto del lenguaje	Escritura material de las cosas	Régimen material de los signos representados
Estructura	Figura única/forma ternaria	Binaria, a partir de Port Royal
Elementos	Dominio formal de las marcas, contenido señalado por ellas, similitudes que ligan marcas y cosas	Significado/significante
Problema específico	¿Cómo reconocer que un signo designa lo que significa?	¿Cómo puede estar ligado un signo a lo que significa?
Modalidad de respuesta	Análisis de la similitud (homogeneidad lenguaje/cosa)	Análisis de la representación (el lenguaje es un caso particular de la representación)
Dominio general	Soberanía de lo semejante: primado de la escritura	Soberanía de la significación: primado de la representación

En el salto de la episteme Renacentista a la episteme Moderna desaparece *el ser vivo del lenguaje*. «Se ha desecho la profunda pertenencia del lenguaje y del mundo. Se ha terminado el primado de la escritura. Desaparece, pues, esta capa uniforme en la que se entrecruzan indefinidamente lo *visto* y lo *leído*, lo visible y lo enunciable. Las cosas y las palabras van a separarse. [...] El discurso tendrá desde luego como tarea el decir lo que es, pero no será más que lo que dice» (Foucault, 1971: 50).

No se quiere plantear con todo ello que la semejanza, o alguna de sus figuras como la *simpatía*, desaparezca tras el Renacimiento¹⁷, sino que deja de ser el elemento constitutivo del saber para convertirse en un «rudimento de relación» en palabras de Hume, que pertenece a la confusión de lo empírico (en el orden de los objetos) o al fondo de lo imaginario (en el orden del sujeto).

En los siglos XVI y XVIII, la semejanza viene a ser sustituida por la *representación*, mejor dicho, la existencia propia del lenguaje se disuelve en el funcionamiento de la representación, de modo que «todo lenguaje vale como discurso». Esto supone que el arte del lenguaje se transforma en una manera de «hacer un signo», significar a la vez alguna cosa y disponer signos en torno a ella: así pues, un arte de nombrar y después de captar este nombre, de designarlo a su vez con otros nombres a través

del aparato retórico. Esta duplicación de la representación, esta conciencia de la doblez, es lo que caracteriza a la episteme de la época¹⁸. Tal es el sentido en el que Foucault habla de paso de la semejanza a la representación: como un nuevo modo de disponer la relación entre lo visible y lo decible, por una intencionalidad expresa y consciente en el intercambio, que abre dimensiones nuevas de la percepción y el discurso, y que irradia hasta llenar con sus significados toda la realidad de la época.

Junto a los modelos y tipologías de signos que se deducen de esta preocupación por la sociabilidad del intercambio y la intencionalidad del querer-decir, hay que destacar también un esquema de «proceso de producción signica» cuyos representantes más directos van a ser precisamente los lingüistas de Port Royal. Aunque el propósito de la «Gramática de Port Royal» (1660) había sido examinar lo que hay de común en todas las lenguas, también estudia lo que es «particular a algunas lenguas» estableciéndose a partir de esa diferenciación un esquema genealógico entre ellas. Pero lo relevante de esta «Gramática» es su inscripción dentro de la tendencia a instituir una «gramática universal» (racional o lógica) de carácter no taxonómico e inspirada en el cartesianismo¹⁹.

El marco que llegará a constituir el trasfondo de este cambio en relación al lenguaje y el

conocimiento cuenta con las relevantes aportaciones de John Locke, especialmente con su *Tratado sobre el entendimiento humano* de 1690. También para Locke, igual que luego veremos en Smith, las palabras son ante todo un reflejo arbitrario de las ideas²⁰. Así pues, la primera relación es la que hay entre sonido e idea; pero también la idea, a su vez, está en relación con algo, es decir, con la cosa; una relación que viene determinada por la experiencia de cada individuo. Aquí el triángulo formado entre sonido, idea y cosa constituye lo *sígnico* en sí mismo, pero, advierte Locke, la relación sonido-idea es la que cuenta²¹. Conviene añadir que la relación *sígnica*, aunque consumada individualmente por el sujeto singular, se halla motivada por la naturaleza social del lenguaje, y no sólo por las razones generales antes mencionadas, sino también por una particular presuposición que acompaña al hablante: «Si bien las palabras, como son usadas por los hombres, en sentido propio e inmediato no pueden significar algo distinto de las ideas que están en la mente de quien habla, éste, sin embargo, supone que sus palabras sean el signo de ideas que se encuentran en la mente de otros con los cuales comunica: porque de otro modo hablaría en vano y no podría ser entendido» (Locke, 1980: III.II., 4).

Este aspecto de sociabilidad nos puede introducir también otra característica de funcionalidad general, o por decirlo de otra forma, de economía interna. De hecho la doble relación sonido-idea e idea-cosa podría llevar a forjar una palabra para cada objeto, o cada experiencia, o cada hecho del mundo: pero esto no ocurre en primer lugar porque es «superior a toda capacidad humana forjar y retener ideas distintas de todas las cosas particulares que encontramos» (ibid.: III.II., 2); en segundo lugar, aunque esto fuese posible, «sería inútil porque no serviría al objetivo principal del lenguaje. Los hombres acumularían en vano tantos nombres de cosas particulares que no les servirían para comunicar sus pensamientos», dado que cada interlocutor debería haber tenido las mismas experiencias, y por ende las mismas ideas, para comprender cada palabra (ibid.: III.III., 3). En tercer lugar, «un nombre distinto para cada cosa particular no tendría ningún uso importante para el mejoramiento del conocimiento: el cual, aunque esté fundado en las cosas particulares, se

extiende mediante las visiones generales; y le favorecen justamente las cosas reducidas a categorías, bajo nombres generales» (ibid.: III.III., 4). Hay pues un reforzamiento de la relación palabra-idea que más tarde aparecerá de forma prácticamente idéntica en Smith: dado que las cosas que la mente contempla no están nunca, excepto la mente misma, presentes al intelecto, es necesario que otra cosa, sea un signo o una representación de la cosa considerada, se presente al espíritu: y esta cosa son las *ideas*. Y ya que la escena de las ideas, que constituyen los pensamientos de un ser humano determinado, no puede verse expuesta a la inmediata visión de otro, ni se acumula en otro lugar más que en la memoria (un depósito por lo demás poco seguro), se sigue que para comunicar a otros nuestros pensamientos, así como para registrarlos para nuestro uso, son necesarios signos de nuestras ideas: «y lo que los hombres han encontrado más conveniente a tal fin y que por eso hacen uso generalmente, son los *sonidos articulados*» (ibid.: IV.XXXI., 4).

4.1. EL PROBLEMA DEL ORIGEN DE LAS LENGUAS

El problema del origen de las lenguas, frecuentemente debatido en el siglo posterior a Locke, esto es en el siglo XVIII, fue abordado de forma singular por Jean-Jacques Rousseau. Singular porque lo plantea desde una perspectiva que sin ser materialista no es al menos idealista, frente a la divinización que el tema sufría incluso entre los autores de la Enciclopedia. Mientras algunos argumentaban la imposibilidad de que las lenguas se hubieran establecido «por medios puramente humanos», Rousseau, admitiendo incluso que no es fácil explicar la institución de los signos convencionales, trata de explicar el origen de las lenguas partiendo de las emociones. En su exposición el clima es un agente clave del desarrollo de las lenguas al concentrar o dispersar los grupos humanos y determinar unas condiciones de desarrollo concretas²².

La intención declarada de Rousseau es hablar del origen y del grado cero de las lenguas. Tal vez, a diferencia de Smith, que es más monocorde, su discurso sufre un vaivén constante entre lo abierto de su proyecto decla-

rado y una cierta complejidad sistémica especialmente cuando necesita formular la unidad del significado y del significante tal y como se articula en componentes como los nombres, los verbos o los adjetivos. Utilizando también ese modelo de «historia conjetural», Rousseau describe el origen pasional del habla, a diferencia de la «necesidad» física de comunicación que plantea Smith ²³.

En la teoría rousseauiana, la lingüística forma parte de una teoría general de los signos y a su vez esta semiología depende de una sociología y antropología general. El habla distingue al hombre de los animales y es «la primera institución social», sólo comprensible en el marco genético de las sociedades. No es tampoco ninguna facultad natural; la naturaleza se tomó poco cuidado «en unir a los hombres por medio de mutuas necesidades y de facilitarles el uso de la palabra» (Rousseau, 1968: I). La conquista de ésta ha necesitado probablemente «millones de siglos [...] para desenvolver sucesivamente en el espíritu humano la operación de que era capaz» (ibid.: I). Tampoco tiene el lenguaje ningún origen doméstico, es inútil buscarlo en el seno de la familia; aparte de que ésta es también en gran medida una convención, no necesitan sus miembros más que signos para relacionarse, pero no la palabra. Esta sólo puede quedar establecida por «una convención más general y durable» (ibid.: IX).

Rousseau además parte con la ventaja respecto a Smith de contar con una teoría social, por decirlo así, más estructural, puesto que considera que esa creación artificial, esa gran convención que es la sociedad, no se mantiene por la simple adición de sus miembros y éste es otro de los puntos básicos de la obra rousseauiana. La sociedad, producto convencional creado por los hombres, tiene una especificidad propia que la diferencia de sus partes, al introducir los hombres en ella la racionalidad y la moralidad. En pocos aspectos queda esto tan claro como justamente en el origen del lenguaje, el cual surge simultáneamente con la sociedad; si ésta no puede existir sin lenguaje, el lenguaje sólo puede formarse en las relaciones sociales ²⁴.

La invención del habla no proviene, pues, de las necesidades físicas, sino de las pasiones; aquéllas pudieron dictar los primeros gestos, pero éstas arrancaron las primeras voces: «Si

nunca hubiéramos tenido otra cosa que necesidades físicas, muy bien habríamos podido no hablar jamás y entendemos perfectamente con la sola lengua del gesto» (Rousseau, 1980: I). Cazar, pescar, trabajar, puede hacerse en perfecto silencio. Sólo en el proceso de formación social, cuando el hombre desarrolla el instinto de la piedad natural y puede identificarse y compararse con los otros hombres, aprendiendo a utilizar la reflexión y la imaginación; cuando se desarrolla en la vida social la estimación hacia los otros y el deseo de ser estimado por ellos, el sentido de obligación y valoración moral, la cortesía y la vanidad y también los celos y el despecho, el hombre inventa la palabra movido por la fuerza del crecimiento de sus pasiones. Las primeras lenguas son «hijas del placer y no de la necesidad» (ibid.: IX).

A la hora de trazar esa «historia conjetural o hipotética», Rousseau planteó en primer lugar una pequeña introducción de las diferencias más elementales entre el hombre primitivo y el hombre actual (el hombre de su época sería mejor decir) y a continuación expuso el paso de estas desigualdades a lo largo de los años hasta llegar hasta su propio tiempo. Comienza su argumentación hablando de lo sencillo que era el hombre en su estado natural y primitivo ya que todo lo que requería lo tenía al alcance de la mano y su razón, si es que en él había, no llegaba más allá de sus instintos. Es así como Rousseau advierte que por muy hábil que fuera el hombre y por mucho tiempo que hubiera pasado no se explica la postura que tienen los filósofos al pensar que todos los avances que se hicieron, el fuego, el lenguaje, etc., surgieran de repente de este individuo. Consideraba que para esto fuera posible no se precisaba la «ayuda» de un creador que iniciara un cúmulo de casualidades que despertaran en el «primitivo» sus primeros pasos dentro del razonamiento lógico.

Para conseguirlo, Rousseau propone la palabra como único medio de llegar a pensar, mas para llegar a esa palabra hace falta pensar. Esta idea se ve más claramente en su frase: «Si los hombres han necesitado la palabra para aprender a pensar, más necesidad han tenido aún de saber pensar para encontrar el arte de la palabra». Conviene decir que este proceso de aprendizaje tuvo que ser muy difícil ya que por la constitución física de sus cuerpos aún no

estarían acostumbrados a este tipo de actitud. En definitiva, la palabra fue el primer invento grande que hizo la humanidad como avance hacia el futuro. Al principio, una misma palabra significaba una idea de forma muy general y, a medida que se avanza en el tiempo, se va logrando una mayor especificación de las palabras, en definitiva, pasan a ser más concretas. Es así como se logra diferenciar entre las funciones de cada palabra: nombre, verbo, adverbio, complementos, etc. Comienza aquí Rousseau a comparar un tipo de hombre y otro; de esta manera se piensa que el hombre en su estado natural es un ser miserable, siempre y cuando entendamos por esta expresión una privación dolorosa o sufrimiento del hombre o del alma. A esto se responde diciendo que el primitivo tenía con el instinto todo lo necesario para vivir en su medio natural y que sólo le faltaba la razón para tener todo lo necesario para vivir en sociedad.

La evolución posterior del lenguaje es tan lineal como puede plantearse a través de toda historia conjetural e hipotética, tal y como también se observa en Smith. Si acaso cabe subrayar la importancia que Rousseau concede a las explicaciones climáticas y geográficas en consonancia con otros autores ilustrados, especialmente Montesquieu, a la hora de explicar la diferenciación de las lenguas: «[...] en los climas suaves, en las tierras fértiles, fue precisa toda la vivacidad de las pasiones agradables para comenzar a hacer hablar a los habitantes. Las primeras lenguas, hijas del placer y no de la necesidad, llevaron mucho tiempo la enseña de su padre; su acento seductor no se borró más que con los sentimientos que las habían hecho nacer» (ibid.: IX).

La etapa final de las lenguas propuesta por Rousseau vuelve a alterar la composición prevista por Smith: ya no se trata de caracterizar la elevada «abstracción» de los países del norte, sino de privilegiar esos espacios geográfico-climáticos donde «las necesidades nacen de las pasiones»: «A la larga, todos los hombres se vuelven semejantes, pero el orden de su progreso es distinto. En los climas meridionales, donde la naturaleza es pródiga, las necesidades nacen de las pasiones; en los países fríos, donde es avara, las pasiones nacen de las necesidades, y las lenguas, tristes hijas de la necesidad, se resenten de su duro origen» (ibid.: X).

4.2. LA TRANSFORMACIÓN DE LOS DOMINIOS DEL SABER

En cualquier caso, no se trata ni en Rosseau ni en Smith de una insistencia hasta entonces desconocida entorno al origen del lenguaje. La índole de la transformación de la época moderna respecto a la episteme renacentista va más allá de la articulación de nuevos interrogantes, hasta el punto de plantearse otros dominios de saber que permitan establecer las líneas de funcionamiento de la disposición entre lo visible y lo decible. Los tres dominios que conoce esta época moderna serán: la historia natural (discurso acerca de los caracteres de los seres vivos, que es ante todo una historia hipotética o conjetural), la teoría de la moneda y el valor (discurso acerca del intercambio y la circulación del valor) y la gramática general (discurso acerca de la significación de las palabras)²⁵. Según la hipótesis de Foucault (1971), una misma configuración rige la Gramática General, la Historia Natural y el Análisis de las Riquezas, una configuración que además encuentra en la *representación* la modalidad que prescribe sus conceptos y sus métodos, tanto para el lenguaje como para los individuos de la naturaleza o los objetos de la necesidad. Este isomorfismo se podría plantear en un esquema como el siguiente:

- Representación: toda representación es significable/representable en tanto que entra en un Sistema de identidades y diferencias.
- Gramática general: toda entidad es nombrable, en tanto que entra en un lenguaje articulado.
- Historia natural: todo ser natural es caracterizable, en tanto que entra en una taxonomía.
- Análisis de las riquezas: toda riqueza es amonedable, en tanto que entra en circulación y cambio.

El *nombre*, el *carácter* y la *moneda* son así las representaciones rectoras a partir de las cuales se organiza la posibilidad de ordenar signos, seres y riquezas. En este sentido, puede decirse que para el marco epistemológico en que se ubica Adam Smith, los sistemas de la historia natural y las teorías de la moneda y el comercio tienen las mismas condiciones de posibilidad que el lenguaje mismo. De aquí se pueden extraer dos conclusiones de la eviden-

cia de esta serie de isomorfismos: «primero, que el orden en la naturaleza y el orden en las riquezas tienen, [...] el mismo modo de ser que el orden de las representaciones tal como es manifestado por las palabras; en seguida, que las palabras forman un sistema de signos suficientemente privilegiado, cuando se trata de aparecer el orden de las cosas, para que la historia natural funcione a la manera de un lenguaje» (Foucault, 1971: 202).

Ahora bien, ese discurso de los nombres, los seres y las riquezas no adopta la forma del lenguaje sin tener que correr algunos riesgos: saltos en el vacío que aparecen en el momento en que el cuadro cobra movilidad, cuando deben ponerse en relación sobre un dominio empírico dado. Tales momentos críticos habrán de ser conjurados por el proyecto complementario de una *Ars Combinatoria* ejemplificada en los múltiples tratados de *Retórica* de la época (para neutralizar el error de juicio o de reflexión) y de una *Enciclopedia* (para neutralizar el error de significación o de imaginación). Se trata de un error doble que se instala en el nivel mismo del lenguaje, y del cual se liberan tanto la Historia Natural como el Análisis de las Riquezas, en virtud de su mismo estatuto teórico que los diferencia de un lenguaje (sistema de signos recibido pasivamente y que sólo un arte puede corregir). De este modo, neutralizando las posibilidades de error de reflexión y de imaginación, se fundan respectivamente la estructura y el carácter en la historia natural, el valor y los precios en el análisis de las riquezas y el juicio y la significación en el lenguaje.

4.3. UN NUEVO PRINCIPIO GENERAL: LA HISTORIA

Adam Smith se sitúa en el filo de esta episteme moderna. El problema consistirá en que ante la mutación que reorganiza todo el saber a finales del siglo XVIII, nuestro autor será capaz de insertarse en una nueva dimensión sólo en el ámbito por el que será más conocido (la economía), pero no lo hará, o al menos no en la misma medida, en los otros dos dominios: ni en la historia de los seres, para la cual mantendrá una metodología arcaizante para la época como es la historia conjetural; ni en la lingüística, donde aún se sitúa en el modelo representativo ahistórico y que desconoce el

análisis filológico de las transformaciones etimológicas. Por lo que respecta a la lingüística, ésta introducirá los conceptos de morfología e historia para analizar el dominio continuo de la representación entre juicio y significaciones estableciendo un criterio diacrónico en las lenguas, aspecto que no recoge Smith. En cambio, en la economía política Smith propondrá como objeto fundamental la relación entre valores y precios por medio del análisis de la producción y la distribución, tal como se establece a partir de su obra más conocida: *La Riqueza de las Naciones*, con ello logrará superar el mero estudio de la acumulación de riquezas para proyectarlo hacia un dominio novedoso.

En efecto, será ahora una nueva dimensión, la *Historia*, la que en cuanto principio general dictará las leyes que en adelante van a regir la gramática general, la historia natural y el análisis de las riquezas, y que en lo sucesivo se presentarán como filología o estudio de los grupos lingüísticos, biología o análisis de los seres organizados y economía política o análisis de la producción.

- Economía política: ahora se define como aquello que representan las riquezas y aparece la noción de *trabajo*. Ello supone la apertura de un nuevo dominio de la Economía: la producción.

- Biología: se define como aquello que representan las estructuras y los caracteres de *lo vivo*. Aparece la noción de organización, todo lo cual acarrea la radicalización de la partición orgánico/inactivo.

- Filología: Se define como aquello que permite a las lenguas representar. La noción de *flexión* supone una transformación analítica: del análisis de los discursos propio de la Gramática General al análisis de las lenguas.

Aun cuando en un principio conceptos como trabajo, organización y lenguaje fueran introducidos dentro de un espacio definido por el análisis de la representación, muy pronto la presión de estas funciones dentro de un dominio que les comienza a ser ajeno va a propiciar su reorganización. La emergencia de las nociones de *trabajo*, *vida* y *lenguaje*, y su situación en el campo del saber dará nacimiento a la episteme del siglo XIX, que consiste, en pocas palabras, en introducir la historicidad en el

dominio de las riquezas, los seres vivos y las palabras. Canguilhem caracteriza esta mutación en los siguientes términos: «A fines del siglo XVIII, por una parte la filosofía kantiana, y por otra la constitución de la biología, la economía y la lingüística plantearon la pregunta: ¿Qué es el hombre? El día en que la vida, el trabajo, el lenguaje dejaron de ser los atributos de una naturaleza para convertirse ellos mismos en naturalezas enraizadas en su historia específica, naturalezas en cuyo entrecruzamiento el hombre se descubre naturalizado, es decir, a la vez sostenido y contenido, en ese momento se constituyen ciencias empíricas de esas naturalezas como ciencias específicas del producto de tales naturalezas, por tanto, del hombre» (Canguilhem, 1970: 141-142).

En efecto, con Smith y más acusadamente con Ricardo, el análisis de las riquezas deja de pertenecer al espacio estático de la acumulación para articularse como economía política que analiza las riquezas según una cadena temporal. El trabajo aparece como la instancia trascendental de la que tanto el valor como los precios son representaciones. En términos del lenguaje, la transformación que llevará a cabo la filología mostrará lo anticuado de las formulaciones ilustradas en las que se inscribe Adam Smith. Ahora el análisis independiente de las formas gramaticales aislará el lenguaje, lo tratará como una organización autónoma rompiendo sus relaciones con los juicios, la atribución y la afirmación. Con ello se disipa la unidad de la gramática general que aún persiste en Smith o Rousseau a través de esa universalidad subyacente, y el lenguaje va a aparecer según múltiples modos de ser. En este momento, y será el punto de partida de la gramática de Saussure, se entiende el lenguaje como una mediación necesaria para todo conocimiento científico que quiera manifestarse como discurso, lo cual permite reactualizar y pulir el lenguaje científico y buscar una lógica de implicaciones universales, independiente de las palabras. En suma, «conocer el lenguaje no es ya acercarse lo más posible al conocimiento mismo; es sólo aplicar los métodos del saber en general a un dominio particular de la objetividad» (Foucault, 1971: 290), lo cual desplaza por entero la antigua prerrogativa ilustrada del lenguaje, y cientifica el estudio de esta materia otorgando a los anteriores análisis el menosprecio propio del profesional frente al aficionado.

Esta transformación también se muestra en el análisis diacrónico de las lenguas: frente a la pretensión evolutiva lineal y dirigida que se encontraba al hablar del origen y desarrollo del lenguaje en los autores ilustrados, se planteará ahora, a través de la teoría del parentesco entre lenguas, una discontinuidad entre las grandes familias y analogías internas en el régimen de cambios. Pero esto ya sería una cuestión alejada del tema que nos ocupa.

5. El problema del método

Uno de los principales estudiosos de Adam Smith, Dugald Stewart (1980), define el método de indagación de aquél como una «historia hipotética y conjetural», en ese contexto también menciona a los escritos de Smith *The Principles which lead and direct Philosophical Enquires*, y afirma que este método se parece mucho al utilizado por David Hume en la *Historia natural de las religiones* y a lo que «algunos escritores franceses habían llamado *Histoire raisonnée*» (Stewart, 1980: 293)²⁶. La preocupación de Stewart reside en justificar el uso de las conjeturas basadas en los principios generales del comportamiento humano, lo cual significa que no pueden encontrarse hechos, y aunque así fuera, estos no podrían confirmar y corroborar los principios generales. Así ocurre con las fases iniciales de la sociedad, ya sea en el terreno del origen del lenguaje, ya en el del origen de las instituciones. De ahí ese manifiesto deseo por demostrar cómo el uso de una «historia conjetural o hipotética» es posible en ausencia de hechos históricos, en tanto sea, o bien epistemológicamente correcta, o bien se correlacione con los principios del orden general que hacen plausible el comportamiento humano en determinadas condiciones.

Para el primer caso, esto es, para la utilización de las conjeturas en ausencia de hechos, la referencia metodológica es la del *Discurso preliminar* de D'Alembert, que a su vez había establecido una crítica a los sistemas planteados por Condillac en su *Tratado de los Sistemas* de 1749. Respecto a la cuestión de la utilización de los principios generales del comportamiento

humano en circunstancias determinadas, la relación es más bien con Montesquieu, el cual fue tal vez el primero en observar que «las leyes nacieron principalmente de las situaciones de la sociedad, y en segundo lugar para dar cuenta, a partir de las mutaciones en las condiciones de la humanidad que se produjeron en los diversos estados del progreso, de las correspondientes alteraciones súbitas de las instituciones» (Stewart, 1980: 294).

Tal vez esta interpretación de Montesquieu no sea demasiado fiel, porque lo que le interesa a Stewart consiste más bien en lograr, a través de la referencia a Montesquieu, relacionar la idea de la «historia conjetural e hipotética» del ensayo sobre el lenguaje, con el análisis histórico-teórico de las instituciones y de la sociedad que Adam Smith había realizado en las *Lectures on Jurisprudence* (1978), donde se exponía la «teoría de los cuatro estadios». Además hay una diferencia que Stewart no parece percibir entre el análisis del lenguaje y el de las instituciones y la formación de los gobiernos. En el primer tipo de indagación lingüística, las hipótesis deben sustituir por completo a los hechos. En el segundo tipo esto se produce, cuando lo hace, sólo en el caso de instituciones muy antiguas, puesto que cuando Adam Smith procede a relacionar sus hipótesis con las observaciones de sociedades más modernas y complejas, la ausencia de pruebas directas se reduce progresivamente.

Pero además, la atención prestada por Stewart a los métodos de D'Alembert y Montesquieu como origen del método planteado por Adam Smith, obvia la importancia que la obra de Rousseau había tenido en las *Considerations*. La necesidad que Rousseau manifiesta de conjeturar sobre la naturaleza del hombre con una cierta abstracción de los hechos, se plantea como un método válido de indagar en los procesos históricos de formación de la sociedad, acerca su método a la necesidad de autonomía teórica y conjetural de las tradiciones y narraciones bíblicas, algo que le aleja enormemente de una cierta concepción materialista de la historia que se puede rastrear en la teoría smithiana de los cuatro estadios.

El problema de Rousseau no es tanto el de facilitar una interpretación distante respecto a los hechos históricos contenidos en las tradiciones y narraciones bíblicas, como anteriormente había hecho por ejemplo Thomas Hob-

bes a propósito del origen de la lengua, y como hará sucesivamente Kant a propósito de los inicios de la historia humana. Más bien Rousseau plantea la hipótesis del posible devenir del género humano en una situación en la cual se concibe a la humanidad abandonada a su propia suerte. Tal hipótesis no excluye por sí misma una interpretación diferente, de tipo histórico-antropológico, de los hechos narrados en la Biblia, pero para evitar tal proximidad Rousseau siente la necesidad de radicalizar sus presupuestos, y afirma que hace falta complementarlos con los hechos. Si las conjeturas se oponen a los hechos ello se debe a que, paralelamente, la razón se opone a los milagros, por lo que todas las intervenciones divinas en la historia humana han de ser concebidas siguiendo procedimientos «naturales». Da la sensación que para Rousseau los hechos narrados en la Biblia no pueden estar más separados de los aspectos providenciales y religiosos propios del contexto en el cual habían sido transmitidos²⁷.

5.1. LA HISTORIA HIPOTÉTICA Y CONJETURAL

Esta fórmula de la historia hipotética y conjetural que presupone la necesidad de una autonomía de indagación es la que permite a Rousseau eliminar la intervención divina en la historia humana, pero también –y esto es muy significativo– negar la existencia de un estado puro de naturaleza, porque es imposible de probar, lo cual supone una manera de oponerse a todos aquellos sistemas filosóficos que habían privilegiado su coherencia interna frente a la convalidación de los hechos²⁸. Precisamente es lo que tratará de superar Rousseau al plantear su conjetura sobre el origen de las lenguas como tal, y tratar luego de ubicarla de manera conjunta a los hechos, en lo que se mostrará radicalmente diferente de la argumentación de Adam Smith: en las *Considerations* de este último todavía está contenida la teoría de los cuatro estadios, con claras similitudes en la Biblia. Frente a ello, Rousseau explica la ilogicidad de los filósofos que habían sentido la necesidad de postular la existencia del estado de naturaleza. En segundo lugar, el ginebrino cuestiona el error de los ensayistas que transfieren al estado de naturaleza, y a

cualquier otro estado, las ideas que tienen de su propia sociedad: «El gran error de los europeos es filosofar siempre sobre los orígenes de las cosas a partir de lo que pasa en torno a ellos: no dejan de mostrarnos a los primeros hombres habitando una tierra ingrata y ruda, muriendo de frío y de hambre [...]; no ven en por doquier más que la nieve y los hielos de Europa, sin pensar que la especie humana, como todas las demás, ha nacido en los países calidos y que en las dos terceras partes del Globo el invierno es apenas conocido» (Rousseau, 1980: VIII). Con estas consideraciones Rousseau anticipa la crítica marxiana de las teorías «robinsonianas» (precisamente uno de los objetivos de tal crítica será el punto de partida de la economía política de Adam Smith) y gran parte de la reflexión antropológica contemporánea ²⁹.

Y no obstante, a pesar de la precaución metodológica de declarar las conjeturas como tales y de no confundirlas con la realidad empírica, la preocupación de utilizarlas junto a los hechos hace que estos aparezcan trazados de manera ambigua, atravesados en la narración sin que siempre sea posible distinguirlos unas de otros, lo cual lleva a borrar la línea divisoria entre una historia conjetural y una historia factual. Si nos remitimos por ejemplo a la «teoría de los cuatro estadios» tal como la expone Adam Smith en sus *Lectures on Jurisprudence*, vemos que la sucesión de los modos de subsistencia –caza, pastoreo, agricultura y comercio– con que se marca la historia del progreso de las naciones, viene explicada con la hipótesis de un naufragio en una isla desierta (Smith, 1978: 459), tras lo cual plantea un hecho, pero este hecho es exactamente la excepción a la regla establecida por la conjetura. La conclusión final es que la teoría de los cuatro estadios dice más sobre la cosmovisión de Adam Smith que sobre la realidad histórico-social que trata de interpretar con su teoría. Con ello no se quiere minusvalorar la importancia que ha tenido la idea de indagar mediante hipótesis sobre los modos de subsistencia para comprender las costumbres, los hábitos, la ideología o los lenguajes de la gente; tan sólo se quiere subrayar que su uso no autoriza a hablar de continuidad e influencia sin tener en cuenta las alteraciones que ello supone.

Dugald Stewart definió este método que plantea Smith en sus *Lectures* así como en sus *Considerations* como una «historia hipotética

y conjetural» sobre la base de una explicación *comparativa*. Siguiendo esta argumentación se puede decir que el uso de la conjetura, al establecer la imposibilidad de confirmar los hechos, depende de la necesidad de dar cuenta de los principios básicos de la actividad humana, de los cuales tampoco se puede proporcionar una prueba directa. Tal exigencia se deriva de la comparación entre el desarrollo logrado por la sociedad contemporánea occidental y el punto en que se encontraban las tribus consideradas salvajes. Esta comparación entre un estadio elevado de la humanidad y otro inferior establece necesariamente una serie de pasos históricos a seguir partiendo de los estadios primitivos para abandonarlos y alcanzar progresivamente el estadio presente ³⁰.

Como cabía esperar, este método, definido como «historia hipotética y conjetural», había originado una profusa necesidad de estudios comparativos a todo lo largo del siglo XVIII que explicasen la transformación del «salvaje» en un ser «primitivo» de la sociedad occidental desarrollada. La idea básica es que la «sociedad salvaje» se encontraba en un estadio del progreso social análogo al que se había encontrado la sociedad occidental en tiempos primordiales. Las diferencias espaciales se asimilaban así a las diferencias temporales. Y a partir de tal procedimiento comparativo se podían reencontrar los «hechos» que los filósofos y ensayistas no pudieron obtener directamente de los hombres y pueblos «primitivos» del pasado, con lo que se falsificaban y transformaban en mitos prestos a ser transmitidos. Paradójicamente, a una conjetura general –la asimilación de los «salvajes» a los «primitivos»– se unía por comparación la obtención de hechos análogos a los que se buscaban. La idea del progreso y una visión universalizante de la historia humana y de la civilización, considerada como un proceso único o como una serie de procesos paralelos, contribuye a la unidad estratégica del nexo conjetura/hechos. En el seno de esta episteme se encuentra todo el complejo sistema de hechos transformados en mitos y de conjeturas donde los «salvajes», que son los «primeros hombres», expresan sus tentativas primordiales. Puede decirse por ello que el recurso de utilizar conjeturas durante el siglo XVIII no se caracteriza tanto por la ausencia de hechos, sino como por la presencia de hechos transformados en mitos.

5.2. USOS DE LA HISTORIA HIPOTÉTICA: EL ORIGEN DE LA RELIGIÓN Y DE LAS LENGUAS

El verdadero problema que debían afrontar los filósofos y ensayistas del siglo XVIII no era tanto atender a la confirmación racional de las teorías con los hechos, sino que más bien fue la necesidad de un uso «racional» de las conjeturas, basado en el análisis de la naturaleza humana y de sus principios fundamentales, frente a un uso «irracional» de tales, basado en el sentido de lo maravilloso. Puede afirmarse en tal sentido que la aplicación del método comparativo para basar las explicaciones inherentes a la naturaleza humana y a su psicología constituye un punto final para la filosofía de David Hume y el método de indagación de Adam Smith, aunque tal vez en ellos (al igual que en Rousseau aunque más nítidamente en este último) se de una simple contraposición conjetura/hechos. Surgía pues una nueva idea de verosimilitud³¹. Utilizando esta verosimilitud, y sorteando el modelo de historia universal que recorre la historia profana bajo la égida de la historia divina, autores como David Hume, Voltaire, Turgot, Rousseau, Adam Smith, Adam Ferguson y John Millar querrán construir una ciencia humana que tuviera el rigor de las ciencias naturales y dotada de una autonomía como ciencia que le permitiese no depender del tradicional recurso a las verdades reveladas y a las intervenciones divinas y providenciales para explicar el curso de la historia humana y social.

En tal contexto se hace preciso considerar las tesis de Hume en materia del origen de la religión contenido en su *Historia natural de la religión* (1757) que representa para Stewart una referencia fundamental para la «historia hipotética y conjetural» de las *Considerations* de Adam Smith. La teoría de Hume sobre los orígenes de las creencias religiosas, que tantas críticas recibió en el momento de su publicación y que tanto éxito conocerá en las sucesivas teorías de la historia de la religión y la antropología, representa el cenit de su teoría filosófica expuesta en el *Tratado sobre la naturaleza humana* (1739-1740), así como el paso de los análisis religiosos caracterizados por un tratamiento teológico, a los estudios antropológicos y filosóficos de la fe.

La religión, según Hume, tiene su origen en el miedo debido a la irregularidad de los fenómenos naturales que se adscriben, en la «mente primitiva» al poder intencional de los dioses. Mas lo propio de tales razones y hechos del pasado es que han sido inevitablemente alterados por la imaginación primitiva que los ha transformado en mitos³². Por tal motivo Hume, en su *Historia natural de la religión*, plantea una afirmación muy radical en relación a la escasa credibilidad de los hechos históricos: «Hay tal diferencia entre los hechos históricos y las opiniones especulativas, que ni el conocimiento de unos se propaga como el de las otras. Un hecho histórico que transmite junto a la tradición oral de los testimonios oculares la de los contemporáneos, se ve modificado en sucesivas narraciones y, al fin, guardará tan sólo una lejana semejanza (si es que lo hace) con la verdad originaria en la que se basaba. La debilidad de la memoria, su amor por la exageración, la supina incuria, todos estos principios, cuando no vienen corregidos por los libros y la escritura, deforman la narración de los hechos históricos» (Hume, 1964: 312-313).

Hume implica aquí, en la valoración de los hechos históricos transmitidos oralmente, tanto a los mitos como a las religiones. Frente a Vico, quien pensaba que era posible tratar a los mitos y fábulas de los pueblos antiguos como elementos de verdad histórica, para Hume la situación es otra. Su escepticismo hacia los «hechos» de las primeras historias de todas las naciones, que se presentan al observador moderno como «un mundo nuevo», impiden toda traducibilidad de los mitos y las creencias primitivas. Gracias a la difusión de las «opiniones especulativas» y a la credibilidad de los «hechos» transmitidos oralmente, Hume justifica la idea del politeísmo como la religión originaria de los hombres y refuta la tesis del teísmo como creencia originaria debido a su segura corrupción. Porque, continúa Hume, «parece obvio que los razonamientos impidieron una corrupción tal; si son tan absurdos, todos los principios se sustraen al conocimiento del vulgo, que es el único capaz de corromper los principios y opiniones» (Hume, 1964: 313). A partir de esta visión elitista, Hume coloca a los «salvajes», «primitivos» y al «vulgo ignorante» (del cual las mujeres representan la mayoría) en la estela de la his-

toria inverosímil de los milagros y lo maravilloso; que se distinguen de una élite que no se conforma con los razonamientos y «las opiniones especulativas», y que entiende que las conjeturas y los hechos están entremezclados en la narración histórica.

Los *Principles* de Adam Smith siguen un procedimiento y un método parecidos a los contenidos en la obra de David Hume, aunque la separación entre élite y «vulgo ignorante» no parece tan drástica como en éste. Por su parte, el fragmento fundamental planteado por Smith es el que se ha producido debido al miedo de los hombres «primitivos» a la maravilla, lo cual ha originado la filosofía. Se trata de un pasaje que se corresponde con la teoría humana del origen politeísta de la religión, lo cual implica una idea del conocimiento basado ante todo en la mayor o menor capacidad de saber reconducir lo no familiar, lo extraño, lo irregular, lo insólito, a lo familiar, lo sabido, lo regular. La «mente primitiva», presa como está de necesidades, carece de tiempo para reflexionar y opera en un ambiente familiar restringido. La filosofía hará frente a tales problemas: salidos de la presión de las necesidades, los hombres están en disposición de concebir lo irregular en el ambiente familiar, gracias al hecho de que tal medio puede o bien prolongarse o bien organizar mejor la experiencia. Esta «historia hipotética o conjetural» permite entonces estabilizar los grados de avance y progreso de la conciencia así como prolongar el control de las leyes naturales. Tal prolongación se activa mediante un procedimiento que une al pensamiento y al lenguaje. Bajo este aspecto, los *Principles* y las *Considerations* se mueven en la misma dirección.

En las *Considerations*, Adam Smith supone que el lenguaje se forma con la institución de los sustantivos a través de la asignación de nombres particulares forzados a denotar objetos particulares. Smith aplica a la formación del lenguaje lo que Hume había planteado en términos más generales a propósito de las conexiones de las ideas: «Transferimos siempre nuestra experiencia, expresa o tácitamente, directa o indirectamente, a los casos de los que no teníamos experiencia» (Hume, 1972: I). Mas con el crecimiento de la experiencia aumentan las posibilidades de enriquecer el campo de las designaciones. Smith repite a

propósito del lenguaje lo que había escrito en los *Principles* a propósito de la observación de la semejanza de los objetos: «Esta aplicación del nombre de un individuo a una gran multitud de objetos cuyo parecido natural evoca la idea del individuo y del nombre que lo expresa, parece haber sido la ocasión original en la formación de aquellas tipologías de variedades que en las academias son denominados géneros y especies» (Smith, 1983: § 2).

La relación entre los *Principles* y las *Considerations* es muy estrecha, tanto al menos como la que existe entre la «historia hipotética y conjetural» de Adam Smith y la filosofía de David Hume. Pero la utilización de conjeturas efectuada por Adam Smith, si bien está motivada por aquellas áreas de indagación en las cuales los hechos no son del todo rastreables o aparecen mutados en forma de mitos y fábulas, no se debe tanto al resultado de una sustitución necesaria, sino al fruto de una concepción general de los progresos del conocimiento y de la sociedad que considera el desarrollo de la mente humana sobre todo en su relación con el medio natural, con los objetos, con las cosas. La imagen de los dos salvajes en las *Considerations*, de los naufragos en una isla desierta en sus *Lectures on Jurisprudence*, de los «estadios primitivos e incultos de la sociedad» en la *Riqueza de las Naciones*, tienen en común el hecho de que, en cuanto simplificaciones hipotéticas, metodológicamente declaradas, reflejan una idea del desarrollo histórico de la civilización y de sus formas en la clave moderna de la hegemonía relacional entre el hombre y las cosas por encima de la relación hombre-sociedad. Se trata de un paradigma con un enorme éxito durante todo el siglo XIX, que tiene su origen en la teoría moderna de la propiedad privada, y que determina la elección y el tipo de hipótesis conjeturales utilizadas. A este tipo de conjeturas bien se le puede aplicar aquello que había dicho Rousseau: «hablaban del hombre salvaje y describían al hombre civil».

El modo en que esta situación había influenciado los «hechos», los cuales eran efectivamente documentables, lo muestra la autorreflexión de la antropología contemporánea que ha insistido en el peso de las construcciones de los observadores en el descubrimiento y la singularización de datos y hechos científicos. La observabilidad de los hechos depende del

modo de organizarlos y de interpretarlos. En última instancia, las conjeturas y los hechos dependen, ya estén mezclados o no, de los paradigmas a partir de los cuales se observa, se organiza, se interpreta. En la concepción de Adam Smith y de David Hume los mitos y las creencias religiosas «primitivas» pertenecen al ámbito de las explicaciones ingenuas de los fenómenos y eventos que atraviesan el campo de la experiencia y de la capacidad de control intelectual de los hombres «salvajes». Los mitos y creencias religiosas se oponen a la filosofía que surge progresivamente cuando, como ya había sostenido Aristóteles, el deseo de saber va más allá de la necesidad de satisfacer los deseos inmediatos. La filosofía muestra el paso a un estadio más alto y refinado de la facultad humana de organizar sus experiencias y de ampliar progresivamente el terreno de la conciencia. Lo mismo puede aplicarse al instrumento básico del conocimiento que es el lenguaje.

La consecuencia de lo anterior es la creciente capacidad de asimilar lo insólito y lo irregular en un cada vez más amplio y complejo sistema de regulación y control cognoscitivo de los fenómenos. El lenguaje, en el transcurso de su formación y desarrollo, sigue este proceso de asimilación del mundo, el cual se va convirtiendo en un escenario donde se tiende a percibir a los «otros» como cosas y objetos. La primera cosa que viene a la mente de los dos salvajes que comenzaron a hablar fue la de asignar un nombre a los objetos; el lenguaje surge así como un acuerdo comunicativo destinado a dominar las cosas. No podía imaginarse Adam Smith que quizá la comunicación lingüística estructura un campo de la experiencia donde son las relaciones humanas las que determinan el modo de relacionarse todas las cosas y de dominarlas. Por tal motivo los dos salvajes están en realidad aislados, como el «aislado y singular cazador y pescador» que inicia la economía política: en efecto, se comunican sólo gracias a la relación que habían instaurado con los objetos que intentaban poseer. Y así, enfrentándose a los mitos de los «salvajes» y los «primitivos», el pensamiento moderno ha edificado sus propias conjeturas sobre el comienzo de la historia humana, del lenguaje, de la economía; conjeturas que tienen el sabor de los mitos.

NOTAS

¹ En su memoria de la vida y obras de Smith, Dugald Stewart refiere esta condición con la palabra «*exhibitioner*», aparecida en la traducción al francés de *La Riqueza de las Naciones*, por Garnier: «il entra au college de Baliol à Oxford, en qualité de démonstrateur de la fondation de Snell». El diccionario elaborado en la época por Johnson introduce esta voz para denotar al estudiante que disfruta un salario para sustentar su educación académica (Stewart, 1793, nota 4).

² Citado por Bryce (1983: 7), a partir de los *Estudios de Materia Filosófica* de Smith. Por las mismas fechas David Hume manifiesta en su correspondencia esta misma carencia lingüística.

³ Su obituario aparecido en *Gentleman's Magazine* (agosto de 1790) advierte este aspecto: «Su pronunciación y su estilo eran muy superiores a los que hubieran podido ser, para aquel tiempo, adquiridos únicamente en Escocia». Citado por Bryce (1983: 7).

⁴ Smith salvó de la quema una significativa excepción: una obra temprana acerca de la Historia de la Astronomía, de inspiración newtoniana y basada en el método de indagación conjetural, mismo que preside la *Considerations*.

⁵ No fue hasta 1961 cuando John Lothian, lector de inglés (después profesor) en la universidad de Aberdeen anunció el descubrimiento en la venta de la biblioteca de una antigua casona en la misma ciudad, de un manuscrito en dos volúmenes bajo el título *Notes of Dr. Smith's Rhetorick Lectures*. Este manuscrito había pertenecido en un principio a la familia Forbes-Leith de la ciudad de Whitehaugh, probablemente entregado a la familia por un tutor privado, el cual debió ser estudiante de Adam Smith. En realidad, estos manuscritos reflejan apuntes elaborados por tres alumnos diferentes. En 1963, Lothian publicó la edición de estas notas como *Lectures on Rhetoric and Belles Lettres Delivered in the University of Glasgow by Adam Smith, Reported by a Student in 1762-63*. La Lección 3 de este documento constituye una versión abreviada del *Ensayo acerca la Formación de las Primeras Lenguas*.

⁶ Lógicas que son compartidas en buena medida por los autores en la época; cabe destacar al respecto a Rousseau, y con anterioridad Locke y Hobbes, entre otros, como veremos después.

⁷ Adviértase lo significativo en esta relación: los personajes expresivos de la antonomasia vienen del mundo antiguo, Alejandro en tanto héroe; Cicerón, en tanto orador; se trata de figuras universales o consagradas. A su lado, la figura del filósofo por antonomasia no será ya Aristóteles, como lo fue sin discusión hasta el momento, en especial para la escolástica medieval. Newton se convierte para Smith y el movimiento ilustrado en el nuevo paradigma universal y cumbre de la filosofía.

⁸ «Si la humanidad, por lo tanto, en la primera formación de las lenguas, parece haber evadido, por algún tiempo, la necesidad de los adjetivos, al variar la terminación de los nombres de las sustancias, conforme a esta variación en algunas de sus cualidades más importantes, se debieron ver ante una mayor necesidad de evadir, según similares artificios, la aún más difícil invención de las preposiciones» (§ 13).

⁹ «En cada idioma hay un verbo conocido como verbo sustantivo, en latín, *sum*; en inglés, *I am* este verbo no denota la existencia de un acontecimiento particular, sino de la existencia en general. Es, por lo mismo, el más abstracto y metafísico de todos los verbos; y, en consecuencia, no pudo ser una palabra de temprana invención» (§ 34).

¹⁰ Este adelanto del inglés, en la lógica smithiana, se muestra en la menor variedad en elementos individuales, tales como los adjetivos (que no llevan género en inglés), a diferencia del francés o italiano (§ 40).

¹¹ «De esta manera el lenguaje se vuelve más simple en sus rudimentos y principios, en la misma medida en que aumenta la complejidad de su composición, y lo mismo ha ocurrido respecto a los motores mecánicos. Todas las máquinas son, en general, en su primera invención extremadamente complejas en sus principios, y con frecuencia hay un principio particular de movimiento para cada movimiento particular que ha de ser realizado. Las mejoras posteriores establecen cómo un único principio puede aplicarse para producir varios de estos movimientos; y así la máquina se vuelve gradualmente más simple, y produce sus efectos con menos ruedas y menos principios de movimiento. En el lenguaje, de la misma manera, cada caso de cada nombre, y cada tiempo de cada verbo, se expresó originalmente por una palabra particular distinta, que servía para su propósito y no para otros. Pero la observación logra que un conjunto de palabras puedan sustituir el conjunto de un número infinito, y que cuatro o cinco preposiciones y media docena de verbos auxiliares sean capaces de responder y poner fin a todas las declinaciones y a todas las conjugaciones en las lenguas antiguas» (§ 41).

¹² «Así, las palabras *Dei* y *Deo*, en latín, muestran con suficiencia, sin añadidos, qué relación objetual significada se entiende al afirmarla en los objetos expresados por otras palabras en la frase. Pero para expresar la misma relación en inglés y en otras lenguas modernas debemos hacer uso de al menos dos palabras, y decir, *de Dios*, *a Dios*. Por consiguiente, respecto a las declinaciones descritas, las lenguas modernas son mucho más prolizas que las antiguas» (§ 43).

¹³ Así lo demuestra por ejemplo esta definición aristotélica: «Las cosas que son, que se verifican en la voz, son símbolos de los afectos del alma, y los escritos son símbolos de las cosas que están en la voz; y como los signos gráficos no son los mismos para todos, tampoco las formas fónicas son las mismas; ellos son signos de éstas, los afectos del alma son los mismos para todos y las cosas, de las que estos afectos son imágenes, son también las mismas para todos» (*De interpretatione*, 16a).

¹⁴ En este orden de cosas, Smith, al igual que otros ilustrados, parece proponer una concepción del signo que supera tal asimetría, transfiriendo la arbitrariedad a toda la estructura simbólica, o mejor a la forma del sistema en cuyo interior se inserta el signo. Este tratamiento del signo le permite salir de las arenas de un convencionalismo sin fundamento como el de los sofistas: los símbolos son diferentes en cada lengua, pero no por esto son inmotivados, y al mismo tiempo otorgan al lenguaje un valor general, con independencia de las variaciones locales y contextuales en que aparece.

¹⁵ Señalamos esta continuidad no para plantear una generalización que de por sí sería inútil, cuando no equi-

vocada, sino para subrayar cómo el tránsito del signo lingüístico al discurso es un sendero siempre recorrido con extremo interés por los participantes en esta controversia. Una dimensión del querer expresarse y de la relación o intercambio comunicativo y por tanto social, tiene siempre lugar en el uso de un signo, aún en las formas de una práctica directa. En palabras de San Agustín: «Para que una cosa funcione como signo es necesario que el intérprete sepa que ella es un signo» (*De Trinitate*, X, 1.2).

¹⁶ Como explica Michel Foucault, a quien en esto seguimos, «[En el siglo XVI] buscar el sentido es sacar a la luz lo que se asemeja. Buscar la ley de los signos es descubrir las cosas semejantes. La Gramática de los seres es su exégesis. Y el lenguaje que hablan no dice nada más que la sintaxis que los liga. La naturaleza de las cosas, su coexistencia, el encadenamiento que las une y por el cual se comunican, no es diferente a su semejanza. Y ésta sólo aparece en la red de los signos que de un cabo a otro recorre todo el mundo. [...] Entre las marcas y las palabras no existe la diferencia de la observación y la autoridad aceptada, o de lo verificable y la tradición. Por doquier existe un mismo juego, el del signo y lo similar, y por ello la naturaleza y el verbo pueden entrecruzarse infinitamente, formando, para quien sabe leer, un gran texto único» (Foucault, 1971: 38-42).

¹⁷ Cabe señalar la importancia que tiene para Smith la *simpatía*, especialmente en sus *Lecciones de Retórica*, así como, aunque con una denotación algo distinta, en la *Teoría de los Sentimientos Morales*.

¹⁸ «Es característico que el primer ejemplo de signo que da la *Logique* de Port Royal no sea la palabra, ni el grito, ni el símbolo, sino la representación espacial y gráfica —el dibujo: mapa o cuadro—. En efecto, el cuadro no tiene otro contenido que lo que representa y, sin embargo, este contenido sólo aparece representado por una representación» (Foucault, 1971: 70-71).

¹⁹ Noam Chomsky (1972) destaca el que los autores de dicha gramática consideraron el juicio, expresado lingüísticamente en la proposición, como la unidad básica compuesta de sujeto y atributo, con lo que apunta a una clara conciencia de la estructura profunda subyacente en algunas proposiciones, lo cual anticipa la búsqueda de la estructura profunda como base de la gramática generativa.

²⁰ «[...] fue necesario que el hombre descubriera algún signo visible externo, mediante el cual las ideas invisibles de que están contruidos sus pensamientos pudieran darse a conocer a los demás. En tal modo podemos concebir cómo las *palabras*, que por su naturaleza eran tan adaptadas a ese fin, vinieron a ser empleadas por los hombres como signos de sus ideas; y no debido a algún vínculo natural que hay entre particulares sonidos articulados a ciertas ideas, porque en tal caso no habría entre los hombres más que un solo lenguaje, sino por una imposición voluntaria, mediante la cual una palabra dada es tomada arbitrariamente como contraseña de tal idea» (Locke, 1980: III.II., 1).

²¹ «Se pervierte el uso de las palabras y se provoca inevitable oscuridad y confusión en sus significados cada vez que pretendemos que representen alguna cosa que no son las ideas que nosotros mismos tenemos en la mente» (Locke, 1980: III.II., 5).

²² Rousseau, al privilegiar la voz frente a la escritura, y gracias a su concepción del signo lingüístico, consigue oponer en el signo el significante y el concepto. Al cabo

de esta cadena podríamos encontrar posiblemente a Ferdinand de Saussure, padre de la lingüística moderna.

²³ De este modo, la escritura aparece igualmente como un apéndice accesorio que sirve para extraer información suplementaria sobre el estado de las lenguas. De hecho, todo el capítulo V, «De la escritura», está abierto y regido por ese proyecto declarado. Vid. al respecto Jacques Derrida (1971), quien propone como fecha probable de redacción de este opúsculo de Rousseau la de 1754.

²⁴ Esta consideración le acarrió a Rousseau una fuerte crítica que le acusaba precisamente de aquello que deseaba superar. Beauzée, autor de una *Gramática General*, y de los artículos de la Enciclopedia relacionados con la lingüística, sugiere en la entrada de *Lengua* (1784) e incluida en Rousseau (1980), que la hipótesis de Rousseau (y que podríamos ampliar a Smith) sobre el origen y desarrollo de las lenguas es la menos sostenible debido a su carácter metafísico y abstracto. Ante todo porque permite la suposición del hombre salvaje dotado de lenguaje, pero sobre todo porque toda lengua supone una sociedad preexistente, la cual, como sociedad, habrá tenido previamente necesidad de esa comunicación que estos dos autores plantean como grado cero de la lengua. Con ello quiere apuntarse que el establecimiento de la primera sociedad y la institucionalización del lenguaje se suponen mutuamente, de modo que no hay pues ninguna lengua natural que pertenezca a un supuesto salvaje, sino siempre a una sociedad.

²⁵ Se trata de ámbitos en los que se produce una actuación constante y coherente por parte de Adam Smith.

²⁶ De entre estos escritores cita a D'Alembert y a Montesquieu, haciendo caso omiso al Rousseau del *Ensayo sobre el origen de las lenguas*, el cual había sido presentado por Adam Smith en su *Letter to Edinburg Review* de 1755.

²⁷ En parte se debe al complejo debate que a partir de 1500 se desarrolla en Europa ante un hecho clamoroso—el descubrimiento de América, el cual con grandes dificultades podía insertarse en la narración bíblica—lo cual favoreció las hipótesis radicales que, en clave metodológica, preferían introducir los hechos en las hipótesis antes que reinterpretarlos.

²⁸ De ello se había hecho eco Adam Smith en su *Letter to Edinburg Review* (1755).

²⁹ En esto último, máxime si nos referimos a la tendencia de la antropología contemporánea a proponer la pertinencia de la «otredad» de los universos conceptuales e ideológicos respecto al observador occidental, basta con repasar la intención profundamente antietnocéntrica que se desprende de sus palabras: «Cuando se quiere estudiar a los hombres, hay que mirar al lado de uno mismo; pero para estudiar al hombre hay que aprender a mirar a lo lejos; en primer lugar, hay que observar las diferencias para descubrir las propiedades» (Rousseau, 1980: VIII).

³⁰ Escribe Stewart: «Cuando en un período de la sociedad como aquel en que vivimos, comparamos nuestras adquisiciones intelectuales, nuestras opiniones, costumbres e instituciones, con aquellas que prevalecen entre las tribus inferiores, no puede sino plantearse una cuestión interesante: ¿cuáles son los pasos graduales con los que se realiza la transición desde los primeros y sim-

ples esfuerzos de una naturaleza inculta hasta un estado de cosas que es sorprendentemente artificial y complejo?» (Stewart, 1980: 292).

³¹ Como Dugald Stewart lo expresa: «examinar la historia de la humanidad, como si examináramos los fenómenos naturales [...], no podríamos recorrer el proceso inverso ya que si un evento ha sido producido, es igualmente importante el grado en que se demuestra cómo podría haber sido producido por causas naturales» (Stewart, 1980: 293).

³² Un elemento importante, tanto para la *Historia natural de la religión*, como para las *Considerations* de Adam Smith es esta afirmación contenida en el *Tratado*: «En general, la maravilla acompaña todo lo que es extraordinario; y la maravilla pronto se transforma en un gran aprecio o desprecio la segunda vez que lo aprobamos o lo desaprobamos».

BIBLIOGRAFÍA

- BERRY, C. J. (1974): «Adam Smith's Considerations on Languages», *Journal of the History of Ideas*, pp. 130-138.
- BRYCE, J. C. (1983): «Introduction», en J. C. Bryce y A. S. Skinner: *Lectures on Rhetoric and Belles Lettres*. Oxford, Clarendon Press, pp. 1-37.
- CANGUILHEM, G. (1970): «¿Muerte del hombre o agotamiento del cógito?», en VV.AA.: *Análisis de Michel Foucault*. Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo.
- CASSETTI, F. (1980): *Introducción a la semiótica*. Barcelona, Fontanella.
- CHOMSKY, N. (1972): *El lenguaje y el pensamiento*. Barcelona, Seix-Barral.
- CLIFFE LESLIE, T. E. (1870): «The political economy of Adam Smith». *Fortnightly Review*, noviembre 1. Este extenso artículo se puede encontrar en la dirección: <http://socserv2.socsci.mcmaster.ca/~econ/ugcm/3ll3/leslie/leslie01.html>
- DERRIDA, J. (1971): *De la gramatología*. México, Siglo XXI.
- ECO, U. (1974): *La estructura ausente. Introducción a la semiótica*. Barcelona, Lumen.
- (1977): *Tratado de semiótica*. Barcelona, Lumen.
- FARRER, J. A. (1881): *Adam Smith*. Sampson, Low, Marston, Searle and Rivington. Se puede encontrar en la dirección: <http://socserv2.socsci.mcmaster.ca/~econ/ugcm/3ll3/smith/farrer.html>
- GRISWOLD, C. L., Jr. (1998): *Adam Smith and the Virtues of Enlightenment*. Cambridge, Cambridge University Press.
- IACONO, A. M. (1989): «L'idea si "Storia Teoretica e Congetturale" negli scritti filosofici e sul linguaggio di Adam Smith», *Teoría*, 2, pp. 113-133.
- HUME, D. (1964): *Natural History of Religion*, en *Essays. Moral, Political and Literary*, ed. por T. H. Green y T. H. Grose, vol. II, Aalen, Scientia Verlag.
- (1974): *Tratado acerca de la naturaleza humana: ensayo para introducir el método experimental de razonamiento en las cuestiones morales: acerca del entendimiento*. Buenos Aires, Paidós.
- LAND, S. K. (1977): «Adam Smith's 'Considerations concerning the first Formation of Languages», *Journal of the History of Ideas*, pp. 677-690.

- LOCKE, J. (1980): *Ensayo sobre el entendimiento humano*, Madrid, Editora Nacional.
- MOREY, M. (1983): *Lectura de Foucault*. Madrid, Taurus.
- ROUSSEAU, J.-J. (1968): *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*. Ed. de Julián Marías. Madrid, Espasa-Calpe.
- (1980): *Ensayo sobre el origen de las lenguas*. Ed. de Mauro Armíño. Madrid, Akal.
- SMITH, A. (1978): *Lectures on Jurisprudence*. Oxford, Clarendon Press.
- (1980): *The Principles which lead and direct Philosophical Enquires*, en *Essays on Philosophical Subjects and Miscellaneous Pieces*. Ed. por W.P.D. Wightman. Oxford, Clarendon Press.
- (1983): *Lectures on Rhetoric and Belles Lettres*. Ed. por J. C. Bryce y A. S. Skinner. Incluye «Considerations Concerning the First Formation of Languages», pp. 203-226. Oxford, Clarendon Press.
- STEWART, D. (1980): *Account of the Life and Writings of Adam Smith*. Oxford, Clarendon Press. Se puede encontrar resumido en la siguiente dirección: <http://socserv2.socsci.mcmaster.ca/~econ/ugcm/3ll3/smith/dugald>

Otras fuentes de consulta:

Página oficial de Adam Smith: <http://www.adamsmith.org.uk/>

Página en castellano: <http://www.geocities.com/Wall-Street/Floor/9680/smith.htm>.